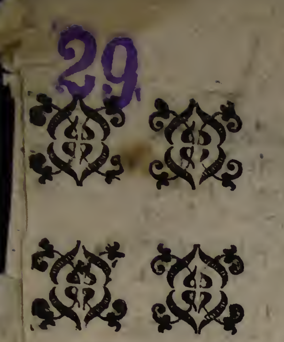
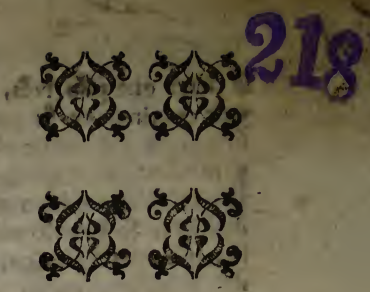
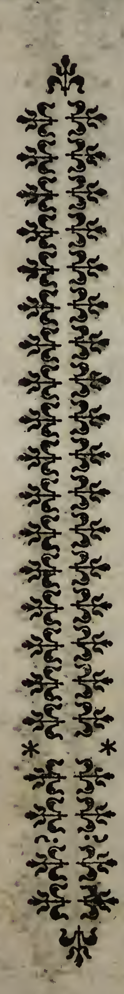


LA PEREGRINA DOCTORA.

PRIMERA PARTE.

SAcra Aurora luminante,
que de esse Alcazar supremo
pisas alfombras de Estrellas
con poder Trino, y Eterno,
cercada de Serafines,
y de los Angeles bellos,
y los Querubines todos
con acordes instrumentos,
con suaves melodias,
pues estàn cantando versos,
diciendo: Rosa encarnada,
Sacra Aurora, Oliva, Cedro,
Madre de misericordia,
Cristal puro, claro Espejo
à donde se està mirando
todo el Celestial Imperio.
Maria con vuestro Manto
Virgen tapais todo el Cielo,
como el ave que en su nido
con sus delicados vuelos
à sus hijos dà calor,
y defiende del sereno.
Yo os ruego, Lucero claro,
Madre de Dios verdadero,
que pues amparais benigna
quantos imploran tus ruegos,
ampareis vuestros devotos
con aquesse hermoso velo,
que no les caiga el rocio
de la mancha del veneno,
que asi os lo pide un devoto
con cordialissimo afecto.



Y pues los Angeles todos
os estàn cantando versos,
yo tambien quiero cantarle
à mi Auditorio discreto,
y ayudado de tu gracia
podrè salir de mi empeño.
En la Ciudad de Lisboa,
en el Lusitano Reyno
vivia un gran Potentado,
tan noble, y tan Caballero,
que General de las Tropas
lo hizo su Rey Don Pedro,
llamado Don Alexandro
de Figueroa, y Sarmiento.
Este tal era casado,
con què pena lo refiero!
que al decirlo, el corazon
quiere salirse del pecho;
y es fuerza, que lo declare,
aunque se enoje el silencio.
Casòse Don Alexandro
con un peregrino objeto,
con la mejor hermosura,
que havia en todo aquel Pueblo,
tan hermosa, y tan bizarra,
que era otra segunda Venus,
no tiene que hacer con ella
el mas hermoso Lucero,
llamada aquesta deydad
Doña Inès Portocarrero.
Su Esposo, que mas que amante,
que adora sus pensamientos,

la

la tierra que piso, besa,
y de continuo en su pecho
siempre la trae retratada
para su mayor consuelo.
Este tal tiene un hermano
dentro en su Palacio mismo,
llamado Don Federico,
que si tuviera veneno
en el sentido, y pudiera
matar en el pensamiento,
dias ha ya que lo huviera
sepultado en los Infiernos:
Quando su hermano salia
con los Exercitos bellos,
èl se quedaba en Palacio:
para despachar los pliegos.
Era pyrata de esclavas,
y verdugo de los negros,
enfado de las doncellas,
que le estaban asistiendo,
porque à todos les servia
de muy grande contrapeso,
que lo que passa en Palacio,
en todo se està metiendo.
Este tal se enamorò
con mal nacidos intentos
de la muger de su hermano
Doña Inés Portocarrero.
Anda triste, y pensativo,
tan sin color, macilento,
que hasta las aves le enfadan,
que andan volando en el viento.
En fin se determinò
cierto dia entre los versos
que su esposo le escribiò,
le arrojò un papel en medio,
dando parte de su amor
con deprabados intentos.
Tomò Doña Inès las cartas
con alegria, y contento,
por ser de Don Alexandro,
su esposo, querido dueño.
Estabalas repasando,
y reparò en aquel pliego,
que estaba muy poco hollado,
y escrito de poco tiempo.
Puso los ojos en èl,
y comenzando à leerlo,
en su presencia lo arroja
hecho pedazos al suelo.
Detente muger heroyca,
guarda el papel en tu pecho,
que podrà ser que te sirva
algun dia de provecho,
pero en fin ya lo rompiò:
què lastima! no hay remedio;
mas viendo Don Federico
el desayre, que le ha hecho,
colerico, y enojado
brota por los ojos fuego;
mas ella le reprehende,
y à solas le està diciendo:
Quien ha de guardar mi honor,
quiere ofender mi respeto?
Vaya usted Don Federico.
mire, que se agravia el Cielo
de que usted contra su hermano
proceda à malos intentos:
no le quiso decir mas,
èl se metiò en su aposento,
maldiciendo su fortuna,
jura por los altos Cielos,
que à pesar de todo el mundo
ha de lograr sus deseos.
Mirò Doña Inès un dia
à Don Federico atento,
y le vido, que traia
el rostro muy descompuesto,
y que le estaba brotando
la ponzoña, y el veneno,
mas ella como discreta
entre sì estaba diciendo:
Aqueste quiere intentar
un villano atrevimiento.
Pero antes que lo execute,
yo quiero poner remedio.
Mandò al punto que viniessen
albañiles, y arquitectos,
y que en medio del jardin
hiciessen de jaspe negro
una bobeda curiosa,
pintada con azulejos,
quanto cupiesse una cama,
mesa, silla, è instrumento,

y que à la puerta le pongan
unas barretas de hierro,
quanto cupiesse por ellas
meter el mantenimiento,
con su golpe como carcel,
el pestillo fuerte, y recio:
Ya que estaba aderezado
con su cama, y lucimiento,
llamando à Don Federico
Doña Inès Portocarrero,
diciendole: Hermano mio,
porque muy triste te veo,
quiero llevarte al jardin
à vèr los arboles bellos,
veràs una arquitectura
hecha de un bello Maestro,
para en viniendo mi esposo,
que salga à tomar el fresco.
Assi que oyò estas razones,
se alegrò tanto en estremo,
que entendió ya que la rosa
se iba convirtiendo en zelos.
Se fueron hacia el jardin,
viendo aquel cristal ameno
con la cama tan curiosa,
le diò el corazon un buelco,
diciendo, aquesta es mi suerte,
oy se logran mis deseos.
Dixo entonces Doña Inès
con engañosos intentos:
Hermano, por divertirnos
tocad aquesse instrumento,
mientras yo cojo unas flores
de aquesse florido huerto.
Hizolo luego al instante,
y apenas lo vido dentro,
quando cerrando la puerta
con tan varonil esfuerzo,
que quedando el golpe echado,
quedò Federico presso,
diciendole: Aqui se pagan
ossados atrevimientos.
Oyendo aquestas razones,
muy colerico, y soberbio
jura, que se ha de vengar
à pesar del mundo entero;
si ella el papel no rompiera,
no se viera en tal espejo.
Doña Inès se retirò,
dexandolo en cautiverio.
Venian pues à Palacio
visitas de Caballeros,
y Señores principales,
de sus parientes, y deudos;
y preguntando por èl,
dice Doña Inès à esto,
que le ha dado un accidente;
y un frenesì, y que sujeto
lo tiene, y que los regalos
de sobra los tiene dentro.
desde entonces Doña Inès
despachò todos los pliegos,
diciendo, que està su hermano
melancolico, y enfermo.
Alli lo tuvo seis meses:
sabiendo por el correo,
como el campo se levanta,
y que los Reyes hicieron
treguas por otros seis meses,
y que prospero, y contento
viene ya Don Alexandro
echando plumas à el viento.
Fuè la noble Doña Inès
derecha à el encerramiento,
donde està Don Federico,
llevòle un vestido nuevo,
un caballo enjaezado,
la peluca, y el sombrero,
y un barbero, que lo afeyte,
y que saliesse ligero
à recibir à su hermano,
y que guardasse silencio,
que ella callaria tambien,
aunque estaba con recelo.
El no se quiso vestir,
que con el ropaje mesmo,
y sin afeytarse monta
en un Andaluz soberbio..
El hermano, que lo vido
tan abominable, y feo,
diciendole, hermano mio,
còmo vienes tan horrendo?
Què pesares te molestan?
Què disfraces son aquestos?
Enton-

Entonces le respondiò,
de esta manera diciendo:
Tu esposa tiene la culpa,
pues con muy viles intentos
me pretendiò contra ti;
yo me resisti, y por esso
me ha atormentado, y tenido
en un Mausoleo preso.
Don Alexandro que escucha
tan terrible arrevimiento,
como un marmol se quedò
un largo rato suspenso,
que quisiera, que el abismo
le sepultara en su centro.
Determina ir à su casa
fatigado, y al momento
saliò aquella blanca flor
à darle sus brazos tiernos,
y èl ayrado con violencia
ofendiò su rostro bello.
Y por no vèr su hermosura,
mandò, que quatro monteros,
que eran hombres de mal alma,
la llevassen à un desierto,
y que le saquen los ojos,
y el corazon de su centro,
y en un paño se los traygan,
para quedar satisfecho:
Què lastima! què dolor!
què pena! què sentimiento!
ò què injusticia! què agravio!
què castigo, sin deberlo!
Salen una noche triste,
amparados del silencio,
aquellos facinerosos,
y antes que rompiera Febo,

En un monte se hallaron
tan encumbrado, y espeso,
que aquel dorado Planeta,
que vive en el quarto Cielo,
no ha podido con sus rayos
descubrirle sus cimientos.
Estando en aqueste sitio
arrimada à un duro fresno,
antes de darle la muerte,
quisieron gozar primero
aquella prenda del Orbe,
aquella joya sin precio.
Arman tan cruel batalla,
sobre el que ha de ser primero,
que los quatro parecian
unos lobos carniceros;
pero la Virgen MARIA
baxa con su niño tierno,
le dice: devota mia,
libre estàs, no tengas miedo,
que yo vendrè à visitarte,
aunque yo nunca te dexo.
Un Leon te ha de traer
muy halagueño el sustento,
y aqueste te ha de guardar,
que estès velando, ò durmiendo.
La Virgen, y el bello Niño
de alli desaparecieron,
quedandose Doña Inès
confusa en su pensamiento,
por saber de que el Leon
le ha de dar el alimento.
En el segundo Romance
darà Juan Miguèl del Fuego
à todo el oyente gusto
del sucesso verdadero.

Con licencia: En Cordoba: En la Imprenta de D. Juan de Medina, y San-Tiago, Plazuela de las Cañas, donde se hallarà de todo surtimiento.

Por Francisco Azevedo.